

## S A T I R A

Y en alta voz diciendo: «¡A la laguna!»,  
 De la imperiosa voz obra el encanto  
 Un repentino espanto  
 Sobrecoge a la turba; ya trabadas  
 Las lenguas, no importuna  
 Charlas articulan, mas en ronco acento  
 El sonido ranal sólo despiden,  
 Súbitos luego miden  
 Con larzo y blando vientre el verde asiento  
 Que ocupaban sus pies cuando hombres eran.  
 Los miembros allí alteran  
 Su primitiva forma, agudo crece  
 El semblante reptil, desaparece  
 La garganta, atraída la cabeza  
 A la ya verde espalda, en quien unida  
 Sin división desde ella se dilata.  
 De la humana grandeza  
 La columna zentil, la pierna grave  
 En zanca resumida,  
 Fráxil y enjuta al salto se acomoda,  
 Movimiento a su especie destinado.  
 Tras esto, arrebatado  
 El indocto tumulto, se derrumba  
 Por las asperas cuestas y sonoras,  
 Tanto cual ronco zumba  
 De tábanos enjambre perezoso,  
 Académicas ranas y escritoras  
 Bajan al lazo, en porfiado estruendo  
 Su ciencia todavía engrandeciendo.  
 ¡Oh juicio prodigioso  
 De prudente deidad! digo, y el joven  
 Te admira, dice, tu ignorancia; en esto  
 Mi poder manifiesto  
 No obra prodigio alguno; ranas eran,  
 En trajes de mortales, los que viste.  
 Cayó el disfraz aquí, do no adulteran  
 Las apariencias de la ciencia el precio  
 La forma en que ahora existe,  
 Entre el tumulto necio,  
 Aquella turba ruda y vocinglera,  
 Siempre ha sido su forma verdadera.